

# UN HOMBRE CON UNA AFICIÓN

*ROBERT BLOCH*

Debió ser alrededor de las diez cuando salí del hotel. La noche era cálida y yo necesitaba un trago. No tenía objeto ir al bar, porque el lugar era un manicomio. La Convención de Bolos se había apoderado de él.

Al caminar por la Avenida Euclides, tuve la sensación que Cleveland estaba llena de jugadores de bolos. Y la mayoría de ellos parecía estar buscando un trago. Toda taberna por la cual pasaba, se encontraba llena de hombres en mangas de camisa, llevando sus chapas. No era que necesitaran identificación extra; muchos de ellos llevaban su maleta de bolos, con una bola en ella.

Cuando Washington Irving escribió respecto a Rip van Winkle y los enanos, comprendió bien a los jugadores de bolos. Bueno, en esta convención no había enanos..., nada más bebedores adultos. Y cualquier sonido de trueno de los picos distantes de las montañas, habría sido totalmente ahogado por los gritos y las risas.

No quería nada de eso, así que me aparté de Euclides y seguí vagando, buscando un lugar pacífico. Mi bolsa de bolos comenzaba a hacerse pesada. En realidad, pensaba llevarla a la terminal y guardarla en una gaveta, hasta que fuera hora de tomar el tren, pero antes necesitaba un trago.

Finalmente encontré el lugar. Era oscuro, estaba sucio, pero también se hallaba desierto. El cantinero se encontraba solo al otro extremo del mostrador, escuchando por radio el segundo juego de un programa doble de béisbol.

Me senté cerca de la puerta y puse la bolsa sobre el banquillo, junto a mí. Pedí una cerveza.

—Tráigame una botella —dije—. Así no tendré que interrumpirlo.

Sólo trataba de ser amable, pero pude haberme evitado el trabajo. Antes que él tuviera oportunidad para volver a seguir el juego, entró otro cliente.

—Un escocés doble y olvide el agua.

Levanté la mirada.

Sí, los jugadores de bolos se habían apoderado de la ciudad. Éste era un hombre grueso, de alrededor de cuarenta años, con arrugas que se extendían hasta muy arriba de su calva cabeza. Llevaba saco, pero cargaba la inevitable bolsa de boliche; negra, abultada, muy semejante a la mía. Mientras lo miraba, la puso muy cuidadosamente sobre el banquillo vecino y tendió la mano para tomar su bebida.

Echó hacia atrás la cabeza y bebió. Pude ver la piel blanca pastosa que se ondulaba a lo largo de su cuello. Después, tendió la copa vacía.

—Hágalo otra vez —pidió al cantinero—. Y baje el volumen del aparato, ¿quiere, amigo?

Sacó un puñado de billetes de banco.

La expresión del cantinero osciló por un momento entre una mueca y una sonrisa. Después vio los billetes aleteando hacia el mostrador y la sonrisa triunfó. Se encogió de hombros y se volvió, chapuceando con el control de volumen, reduciendo la voz del narrador a un zumbido distante. Supe lo que estaba pensando. Si fuera una cerveza le diría que se fuera al diablo, pero este tipo estaba pagando un escocés.

El segundo escocés bajó casi tan rápidamente como el volumen del receptor de radio.

—Llénela —ordenó el hombre grueso.

El cantinero regresó, sirvió otra vez, tomó su dinero, lo marcó en la registradora y luego se alejó hasta el otro extremo del mostrador. Se agazapó sobre la radio, esforzándose por oír la voz del anunciador.

Vi desaparecer el tercer escocés. El cuello del desconocido estaba rojo ahora. Ciento setenta y cinco centímetros cúbicos de whisky en dos minutos hacen maravillas por la tez. También aflojan la lengua.

—Béisbol —farfulló el desconocido—. No entiendo cómo alguien puede oír esa cosa —se enjugó la frente hacia mí—. Algunas veces, uno piensa que nada hay en el mundo, excepto aficionados al béisbol. Un hato de tipos que gritan hasta desgañitarse por nada en todo el verano. Viene el otoño y son los juegos de fútbol. Lo mismo, únicamente que peor. Y después que termina eso, es el baloncesto. Por Dios, ¿qué ven en eso?

—Todos necesitamos alguna afición —repliqué.

—Sí. Pero, ¿qué clase de afición es ésa? Quiero decir, ¿quién puede emocionarse por una banda de monos que pelean por apoderarse de una pelota de cualquier clase? —frunció el ceño—. No me diga que les importa en realidad quién pierda o quién gane. La mayor parte de los tipos van a un juego de pelota por una razón diferente. ¿Ha ido usted a ver un juego, amigo?

—Algunas veces.

—Entonces, usted sabe de qué estoy hablando. Ya los ha oído allí. Los ha oído gritar. A eso van realmente..., a gritar hasta quedar roncós. ¿Y qué gritan la mayor parte del tiempo? Se lo diré: ¡*Maten al árbitro!* Sí, eso es lo que gritan: ¡*Maten al árbitro!*

Terminé mi cerveza y empecé a deslizarme del banquillo. Él golpeó el mostrador:

—Oiga, beba otra, amigo —dijo—. Yo la pagaré.

Moví la cabeza.

—Lo siento, tengo que tomar el tren que sale de aquí a medianoche —informé.

Miró el reloj.

—Hay bastante tiempo.

Abrí la boca para protestar, pero el cantinero ya estaba abriendo una botella y sirviendo un escocés para el desconocido. Y él estaba hablándome otra vez:

—El fútbol es peor —comentó—. Un tipo puede lastimarse jugando fútbol, algunos de ellos se lastiman de gravedad. Eso es lo que le gusta ver al público. Y, muchacho, cuando empiezan a gritar pidiendo sangre, es suficiente para hacer que uno vuelva el estómago.

—No sé —dije—. Después de todo, es una forma bastante inofensiva de liberar la agresión reprimida.

Tal vez me entendió y quizá no, pero movió la cabeza afirmativamente.

—Libera algo, como dice usted, pero yo no estoy muy seguro que sea inofensivo. Ahora, tome el boxeo y la lucha. ¿Usted llama a eso un deporte? ¿Lo llama una afición?

—Bueno —convine—, la gente quiere ver que golpeen a alguien.

—Seguro, sólo que no lo admiten —ahora su cara estaba muy roja; empezaba a transpirar—. ¿Y qué me dice de la cacería y la pesca? Cuando usted lo considera, es la misma cosa. Solamente que en eso, usted mismo es el que mata. Toma un arma y mata a algún animal tonto. O corta un gusano vivo y lo ensarta en un anzuelo y ese anzuelo corta la boca de un pescado y usted se emociona con eso, ¿no? Cuando el anzuelo penetra y corta y rasga...

—Un momento —protesté—. Tal vez eso sea bueno. ¿Qué es un pez? Evita que un hombre se convierta en sádico...

—Olvide las palabras de dos dólares —me interrumpió. Parpadeó—. Usted sabe que es cierto. Todos sienten el apremio, tarde o temprano. Y cosas como los juegos de pelota y el boxeo no los satisfacen realmente tampoco. Así que debemos tener una guerra con frecuencia. Entonces hay una excusa para matar de verdad. Millones.

Nietzsche pensaba que era un filósofo lúgubre. Debió saber lo de los escoceses dobles.

—¿Cuál es su solución? —traté de reprimir un sarcasmo en mi voz—. ¿Cree que se haría menos daño si se abolieran las leyes contra el asesinato?

—Tal vez —el hombre calvo estudió su copa vacía—. Depende de a quién matara usted. Suponga que nada más liquidara golfas y vagabundos. O quizá a un borracho. Usted sabe, alguien sin familia, ni hijos ni nada. Alguien que no fuera echado de menos. Y también podría hacerlo impunemente.

Me incliné hacia él, mirándolo.

—¿Podría hacerlo usted? —pregunté.

No me miró. Miró su bolsa de bolos por un momento, antes de contestar.

—No me entienda mal, amigo —dijo, forzando una sonrisa—. No soy un asesino. Pero estaba pensando en un tipo que lo hacía. Aquí, en la ciudad. Eso fue hace quizá veinte años.

—¿Usted lo conoció?

—No, por supuesto. Nadie lo conoció, eso es todo. Así fue como siempre quedó impune. Pero todos sabían de él. Todo lo que tenía que hacer usted, era leer los diarios.

Bebió su copa.

—Lo llamaban el Descuartizador de Cleveland. Cometió trece asesinatos en cuatro años, en Kingsbury y alrededor de Jackal Hill. La policía se volvió loca tratando de encontrar al tipo. Suponían que tal vez venía a la ciudad los fines de semana. Escogía a un golfo, lo atraía a una barranca o a los vertederos, cerca de la vía. Le prometía darle una botella, o algo. Hacía lo mismo con las mujeres. Después utilizaba su cuchillo.

—Usted quiere decir que no estaba jugando, tratando de engañarse. Le gustaba lo real.

El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—Eso es. Emociones y trofeos auténticos al final. Usted sabe, le gustaba cortarlos. Cortarles...

Me levanté y traté de tomar mi bolsa. El desconocido rió.

—No tenga miedo —se burló—. Ese tipo debió de salir de la ciudad en 1938, más o menos. Tal vez cuando estalló la guerra en Europa, participó en ella. Ingresó a alguna unidad de comandos y siguió haciendo lo mismo..., sólo que entonces fue héroe en lugar de asesino. ¿Comprende?

—Calma —repliqué—. Entiendo. No se excite. Es su teoría, no la mía.

Bajó la voz.

—¿Teoría? Quizá lo sea, amigo. Pero esta noche hallé algo que lo estremecerá realmente. ¿Por qué supone que he estado bebiendo así?

—Todos los jugadores de bolos beben —contesté—. Pero si en realidad siente así hacia los deportes, ¿cómo es un jugador de bolos?

El hombre calvo se inclinó más hacia mí.

—Un hombre debe tener una afición, amigo, o explotaría, ¿no es cierto?

Abrí la boca para responder, pero antes que pudiera hacerlo, se oyó otro sonido. Ambos lo oímos al mismo tiempo..., el sonido de una sirena.

El cantinero levantó la cara.

—Parece que viene hacia acá, ¿verdad?

El hombre calvo ya estaba de pie y alejándose hacia la puerta. Corrí tras él.

—¡Eh! No olvide su maleta.

No me miró.

—Gracias —farfulló—. Gracias, amigo.

Y salió. No permaneció en la calle, sino que se deslizó en un patio entre dos edificios vecinos. Había desaparecido en un momento. Permanecí a la entrada, mientras el ulular de la sirena invadía la calle. Un

carro patrulla se detuvo frente a la taberna, con el motor en marcha. Un sargento uniformado venía corriendo por la calle, acompañándolo, y llegó jadeando.

Tuve que decirle la verdad.

—¡Oh, sí! Alguien salió de aquí hace un minuto...

—¿Hacia dónde?

Señalé hacia el patio y él gritó órdenes a los hombres que estaban en el carro policíaco. El automóvil se puso en movimiento; el sargento permaneció allí.

—Hábleme de él —dijo, haciéndome volver a la taberna.

—Está bien, pero, ¿de qué se trata?

—Asesinato. En la Convención de Bolos en el hotel. Hace alrededor de una hora. El mozo lo vio salir del cuarto de ella, pensó que tal vez era un artista de las manos, porque utilizó la escalera en lugar del elevador.

—¿Artista de las manos?

—Un ratero..., usted sabe. Rondan por las convenciones y se meten en los cuartos y roban cosas. De cualquier modo, este ladrón salió del cuarto demasiado rápido. El mozo vio bien al tipo y notificó al detective del hotel. El detective encontró a esa dama en la cama. Había sido cortada en pedazos. Pero el tipo llevaba demasiada ventaja.

Respiré profundamente.

—El hombre que estaba aquí —informé—, un tipo grande, calvo. Habló del Descuartizador de Cleveland. Pero pensé que nada más estaba borracho, o bromeando...

—La descripción del mozo coincide con la que me dio un vendedor de periódicos cerca de aquí. Lo vio venir hacia acá. Como dice usted, un tipo grande, calvo.

Bajó la mirada a la bolsa de boliche.

—Se llevó la suya, ¿no es cierto?

Moví la cabeza afirmativamente. Suspiró.

—Eso fue lo que nos ayudó a seguirlo hasta esta taberna. Su bolsa de boliche.

—¿Alguien la vio, la describió?

—No, no tuvieron que describirla. Dejó una pista. ¿Notó cómo venía corriendo por la calle? Estaba siguiendo la pista. Y mire el piso, bajo el banquillo.

Miré.

—Usted sabe, no llevaba una bola de boliche en esa maleta. Las bolas de boliche no escurren.

Me senté en el banquillo y el cuarto empezó a girar. No había notado la sangre antes.

Entonces levanté la cabeza. Un policía entró a la taberna. Había estado corriendo, a juzgar por la forma en que jadeaba, pero su cara no se hallaba enrojecida. Tenía un color pálido verdoso.

—¿Lo agarraron? —preguntó el sargento.

—Lo que quedó de él —contestó el policía, apartando la mirada—. No se detuvo. Hicimos un disparo por encima de su cabeza. Tal vez ustedes lo oyeron. Saltó la cerca, atrás de la manzana y siguió por la vía. Y se atravesó a un tren de carga.

—¿Murió?

El policía movió la cabeza afirmativamente.

—El teniente está allá ahora. Y el carro de la carne. Van a tener que rasparlo de la vía.

El sargento maldijo en voz baja.

—Entonces, no podremos saberlo con seguridad —dijo—. Quizá solamente era un ladrón.

—Hay una forma —rectificó el policía—. Hanson viene con su maleta. Rodó fuera de la vía, cuando el hombre fue arrollado.

Entró el otro policía, llevando la bolsa de boliche. El sargento la tomó de manos de Hanson y la puso en el mostrador.

—¿Era esto lo que llevaba? —me preguntó.

—Sí —contesté.

Mi voz se ahogó en mi garganta.

Me volví. No quería ver cuando el sargento abriera el maletín. Ni siquiera quería ver sus caras, cuando miraran al interior. Pero, por supuesto, los oí. Creo que Hanson vomitó.

Rendí una declaración oficial que me pidió el sargento. Me pidió un nombre y una dirección y también se los di. Hanson la tomó por escrito y me hizo firmarla.

Le relaté la conversación con el desconocido, toda su teoría del asesinato como una afición, la idea de escoger a las escorias de la vida como víctimas, porque no era probable que fueran echados de menos.

—Parece descabellado cuando uno habla de esto, ¿verdad? —concluí—. Y yo pensé todo el tiempo que era una broma.

El sargento miró la bolsa de boliche y luego me miró.

—No es una broma —dijo—. Así era probablemente como funcionaba la mente del asesino. Sé todo respecto a él..., en la fuerza, todos han estudiados los casos del Descuartizador por dentro y por fuera. La historia tiene sentido. El asesino abandonó la ciudad hace veinte años, cuando las cosas se pusieron

demasiado calientes. Probablemente se unió al ejército en Europa y tal vez permaneció en él en los países ocupados, cuando terminó la guerra. Entonces sintió el apremio de regresar y empezar otra vez.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Quién sabe? Quizá era una afición para él. Una especie de juego. Tal vez le gustaba ganar trofeos. ¡Pero imagine que valor tuvo, para entrar en la Convención de Bolos y hacer una cosa así! Llevando una bolsa de boliche para poder sacar...

Creo que vio la expresión en mi cara, porque puso su mano sobre mi hombro.

—Lo siento —dijo—. Comprendo cómo se siente. Usted mismo estuvo cerca, al hablar con él. Probablemente es el asesino psicópata más hábil que ha existido. Considérese afortunado.

Moví la cabeza afirmativamente y me encaminé hacia la puerta. Todavía podía tomar ese tren de medianoche. Y estuve de acuerdo con el sargento respecto a haber estado cerca del asesino psicópata más hábil del mundo.

También convine en que fui afortunado. Quiero decir allí, en el último instante, cuando ese ladrón estúpido salió corriendo de la taberna y le di la bolsa de boliche que escurría. Afortunado porque nunca notó que había cambiado de maletín con él.

**FIN**

Libros Tauro